

ción de Joaquín, y la otra, á poner por las nubes el canto angélico de Berta. Y cuando hubieron concluido los aplausos nutridísimos arrancados al auditorio por el orador y los poetas, volvió á tomar la palabra el presidente de los "idealistas," y avanzando hacia Joaquín y Berta con la gravedad y la emoción de un sacerdote que ejecuta un rito sagrado, pronunció breve peroración llena de entusiasmo juvenil, y ciñó luego sucesivamente á sus frentes, dos preciosas coronas de laurel que llevaba en las manos. Una tempestad de aplausos y aclamaciones siguió á aquella manifestación literaria, y el concierto concluyó con "dianas" repetidas que tocó la orquesta á instancias del público.

Entretanto, los ojos de Joaquín, humedecidos por las lágrimas, divagaban por las alturas del Coliseo; y era tanta la emoción del laureado compositor, y tan íntimo y poderoso el delirio que le embargaba en aquellos instantes, que le pareció ver que se animaban y movían allá arriba todas las figuras ornamentales, todas las formas imponentes y emblemáticas estampadas en arco y bóveda por el pincel de los muertos artistas. El Tiempo sonreía satisfecho en medio del azul, viendo desfilar ante sí á las dichosas horas en ronda interminable; las Famas aéreas agitaban las alas con estrépito y hacían

sonar sus trompetas propagando la gloria de aquella noche; y el imponente grupo de filósofos, guerreros, artistas y poetas, con sus túnicas y mantos de colores vivos, se agitaba y sonreía desde la convexidad del alto dombo, entusiasmado y vuelto á la vida por el hermoso é inolvidable espectáculo que se desarrollaba á sus plantas.

V

El piano y el violín

Hasta en la vida del hombre más desgraciado, hay un momento en que todo parece sonreír, en que bajan al fondo del corazón inefables alegrías, y en que los pensamientos encandecidos por el entusiasmo, brillan en el cerebro con el fulgor de astros inmortales. Entónces se mira el mundo como vergel sembrado de flores y se contempla la inmensidad cual imperio propio y como si se tuviesen alas capaces para entrar en posesión de todo él. La esperanza multiforme, tantas veces falaz, y las alegres ilusiones, tan efímeras como las libélulas, reaparecen sonrientes, llevando en las doradas alas como dádiva regia, el cumplimiento de

un sueño. Al llegar ese instante, único y eternamente memorable de la existencia, miranse condensarse de golpe y en un solo punto, todos los deseos, todos los suspiros, todos los delirios de la juventud, y la ansiada corona tras la que se había corrido tanto, llega rodando por sí sola á ponerse al alcance de la mano. Vista la existencia á esa luz, es un poema que no debiera acabar nunca; y siéntese entónces la criatura encumbrada á la plenitud de su propio ser, como astro en su apogeo, que llega cerca del sol.

Tales fueron los sentimientos de Joaquín y Berta durante las cuarenta y ocho horas siguientes á la celebración del concierto. Embriagados por el triunfo y saturados de arte hasta la médula de los huesos, olvidaron penuria, compromisos y realidades tristes, y se entregaron con toda confianza al desbordado y dulce goce de su reciente victoria.

—¿Ves, Joaquín, decía Berta á su esposo, cómo no me había equivocado al predecirte un éxito brillante?

—Sí, respondía Sandoval; sería muy injusto si me quejase de la acogida con que han sido recibidos mis primeros ensayos. Me parece que todo esto no es más que un sueño.

—Pero no lo es; demasiado real ha sido la ovación que has recibido.

—Tu canto electrizó al auditorio.

—No he hecho más que inspirarme en tu obra.

—Pero de tal modo, que la has criado de nuevo, dándole una entonación y un colorido de que yo mismo no la creía susceptible.

—Como me encanta todo lo que haces, y sé leer en tu alma como en libro abierto, puedo interpretar tu música con bastante seguridad.

—Es porque nos comprendemos y nos completamos.

—Creelo, Joaquín, al cantar tu ópera, me preocupaba por tí más que por mí, y lo único que quería era hacer resaltar sus bellezas; por eso me esforcé tanto. Cantaba por tí y para tí; aun el aplauso del público lo pedía para tí solo.

—No hallo palabras con que expresarte mi reconocimiento. Tengo la convicción de que cantada mi música por otra voz menos hermosa que la tuya, y por otra artista menos inspirada que tú, no hubiera sido tan aplaudida.

—Eso no, pues vale mucho por sí misma; pero si crees que en algo he podido contribuir á hacerla recibir con aplauso, quedo muy satisfecha.

A ese tenor eran los diálogos que tenían á cada momento los jóvenes, pues no hacían más que comentar de mil maneras los episodios de aquella noche inolvidable.

—Desde que llegué al teatro, decía Berta, me sentí como transportada á otro mundo, y más cuando me explicaste el significado de las pinturas de la bóveda y el arco. No sé lo que pasó por mí cuando me hablaste de aquellas cosas: fué la mía una emoción como de miedo, respeto y pismo.

—Experimenté lo mismo que tú al entrar en aquellos detalles. No sé por qué se me vinieron entónces á las mientes con tanta precisión y viveza. Todo me hacía profunda impresión; mis sentidos estaban más afinados.

—¡Cuán bueno es el maestro Aguirre! prosiguió la joven cambiando de tema. Su paso doble arrebató al auditorio.

—¿Y qué dices de la lluvia de pareas y décimas que cayó de las galerías?

—¡Una gran sorpresa! ¡Cuán entusiasmas y simpáticos son los "idealistas!"

—Ni quien pensara en lo que iban á hacer.

—El presidente de esa asociación, debe ser muy instruído. ¿No viste cuán bien habló del arte?

—¡Y qué poesíastan hermosas nos dijeron! Esta juventud fopolitana es muy fogosa é inspirada.

Las almas de Berta y Joaquín no se apartaban de aquel sendero sembrado de flores, y mutuamente impulsadas por las ilusiones y el amor, se engolfaban más

y más en risueñas y poéticas perspectivas; así que Berta hasta llegó á pronosticar á su esposo un próximo viaje á Europa y la conquista de un nombre célebre en el mundo; y don Teodomiro, que solía tomar parte en la conversación, con vehemente entusiasmo, echaba nuevo combustible á la hoguera.

—No creo que los más famosos compositores europeos, excepto Mozart, que fué un "prodigeo," decía sentenciosamente, ó algún otro célebre maestro, cuyo nombre no recuerdo ahora, hayan hecho más que tú ó tanto como tú á la edad que cuentas.

Las mismas hermanas de la Caridad contribuían también, á pesar de su reposo y prudencia habituales, á exaltar la fantasía de los jóvenes, poniendo por las nubes su habilidad y talento, y ponderando hiperbólicamente la magnitud de sus triunfos. Una de tantas ocasiones como acudieron los jóvenes al Hospicio, pasó lo que vamos á relatar.

—Las damas y caballeros que oyeron tu música y el canto de Berta, dijo sor Ignacia á Joaquín, han venido á expresarse á felicitarnos.

—Con eso quedamos muy orgullosos, repuso el joven.

—¡Quiera Dios, prosiguió la superiora, que, cuando hayamos salido de esta

casa, continúen nuestras sucesoras fomentando los estudios musicales!

—¡Cómo! interrogó Berta. ¿Qué dice usted de salir del Hospicio?

—Sí, Berta: tiene que suceder así, y no muy tarde, repuso sor Ignacia con tristeza.

—¿Está usted segura? preguntó Joaquín con vivo y doloroso interés.

—Certísima, prosiguió la superiora. No había querido hablar de ello antes, por no entristecerlos; pero el hecho es que desde hace tiempo sabemos, á no dudarlo, que poco tiempo nos queda de estar en el Hospicio.

Berta y Joaquín indagaron cuanto pudieron sobre el asunto. ¿Qué pasaba? ¿Cómo se sabía? ¿Era indudable? Sor Ignacia fué contestando todas las preguntas, una por una, refiriéndose á la prensa, á los informes de la Madre General y á los privados de personas recientemente llegadas de México.

—Todavía más, concluyó con amargura; la ley de supresión ha sido votada ya, y debe ser publicada aquí uno de estos días: tal vez hoy ó mañana.

—¡Jesús, Jesús! clamó Berta cubriéndose la cara con las manos. Pero ¿qué piensan esos señores? ¿por qué hacen cosas tan malas?

—No se comprende, prosiguió Joaquín trastornado. ¿Por qué arrojar de la Re-

pública una institución que no hace daño á nadie y es el apoyo y el consuelo de los desgraciados?

—Nuestros enemigos deben tener sus razones; nosotros lo atribuímos todo á nuestros pecados, repuso sor Marcelina con gravedad.

—Pero vamos, muchachos, interrumpió sor Ignacia haciendo lo posible por ponerse contenta; no hay que pensar ahora en cosas tristes....

—Mejor queríamos haber sido silbados, repuso Joaquín, que presenciar tamaña injusticia.

—Mil gracias, repuso la superiora...; pero doblemos la hoja, ya que no podemos arreglar el mundo á nuestro placer.

Y haciendo gran esfuerzo para tomar un tono placentero, agregó:

—Las hermanas y yo les tenemos preparado un refresco.

Al decir esto, plegó el biombo que se extendía por un rincón del recibidor, y puso de manifiesto una mesa muy limpia y coqueta, sobre la cual se ostentaban bandejas con pasteles, galletas y dulces, y algunas botellas de vino generoso, rodeadas de un grupo de diáfanos y brillantes copitas. A la vista de aquellas golosinas y objetos brillantes, parecieron disiparse las nubes que oscurecían los espíritus; y como las religiosas extremaron sus obsequios, lograron, á fuerza de

amabilidad y finura, poner un paréntesis de alegría á las tristezas de la situación. Así que entre charla y buen humor, se pasaron gratamente las horas.

Cuando Berta y Joaquín volvían á casa cogidos del brazo, iban por la calle riendo y comentando la escena con alborozo. Mas ¿por qué se complace el destino en echar á perder los mejores momentos de la vida? ¿Por qué no son eternas las alegrías, y sigue el dolor al júbilo, como la sombra á la luz? La pena odiosa, que se cuela de repente en las situaciones mejores, es como la voz del grajo en medio de un coro de risueños, como la mano del desollinador en la blancura del armiño, como la pezuña del asno sobre el cristal de Venecia. En el caso de que se trata, la voz del grajo, la mano del desollinador, y la pezuña del asno, aparecieron en la casa de nuestros amigos, en la forma de una cuenta presentada al cobro. Era la de la modista; la llevaba una remilgada costurerilla, juntamente con un apremiante recado de "madama" relativo á gran urgencia de dinero.

La vista del papel sorprendió tanto á los jóvenes, como si no supiesen que tenían que pagar lo que debían. No estaban acostumbrados á compromisos, y habían andado tan absortos en musarañas poéticas, que habían perdido de vista las co-

sas de este bajo mundo. La inesperada llegada del recibo los sacó brutalmente del arrobó. Joaquín, leyó, releyó y examinó la cuenta, sin saber lo que hacia, y la pasó luego á Berta, quien le echó á su vez un vistazo con visible emoción.

—Está bien y conforme á lo convenido, murmuró ésta.

Los jóvenes se cambiaron una mirada, como diciéndose entre sí: "¿Y qué hacemos ahora? No tenemos dinero" No obstante, Joaquín, después de breves momentos de vacilación, dijo á la costurera:

—Sirvase usted decir á la señora modista que por allá paso á pagarle.

—¿Ahora mismo? preguntó la mujer.

—Ahora mismo, ó mañana á más tardar.

—Bien, repuso la mensajera.

Y se marchó después de haber recogido la factura. No bien volvieron los esposos á quedarse solos, preguntó Berta á Sandoval:

—¿Por qué has dicho que irás á pagar hoy mismo, ó mañana? ¿Tienes dinero con qué hacerlo?

—No, repuso Joaquín.

—Pues ¿por qué te has comprometido con tanta seguridad?

—Sólo por salir del paso y para dar tiempo al tiempo.

—Pero ¿qué piensas hacer? insistió la esposa.

—No sé, repuso Sandoval preocupado.... ¡Y ese Lechuga que no viene!

Poco después, no obstante, como si Joaquín hubiese evocado el espíritu del vendedor de boletos, se presentó éste llevando la cuenta y el dinero recaudado. Sandoval examinó aquélla con detención: se habían vendido algo más de cien entradas de patio, seis palcos y plateas, y como cien localidades altas. El producto pasaba apenas de trescientos pesos. Lechuga entregó minuciosamente el dinero, y, después de recibir el importe de su honorario, se marchó saludando con cortesía. Siguió luego una larga deliberación entre los jóvenes, respecto á la inversión que debería darse á los fondos, y estando en ella todavía, llegó don Teodomiro, quien se engolfó en la misma conversación. Después de tomadas en cuenta por los tres todas las circunstancias del caso, y la naturaleza de los diversos servicios recibidos, se decidió cubrir, ante todo, los gastos de papeleta, alumbrado é imprenta, que sumaban casi tanto como lo recaudado.

—Es necesario pagar primeramente á los pobres, dijo don Teodomiro. Los infelices que prestan pequeños servicios, tienen necesidades que no admiten aplazamiento. Impresores, teloneros, acomodadores y mozos, son gente que goza fuero..... La cuenta de la luz, por ser re-

lativamente corta, puede saldarse también; así "nos irémos" descargando de deudas.

—Soy de la misma opinión, repuso Sandoval.

Quedó, pues, resuelto el punto, y Gómez y Pérez con la comisión de hacer la distribución entre los agraciados. Aun no concluía el cónclave, cuando llegaron nuevos papeles de cobro; parecía que se habían puesto de acuerdo los acreedores para caer de golpe sobre aquel hogar. El pintor escenógrafo manifestaba en carta breve que, teniendo que salir del lugar dentro de dos días, suplicaba se le remitiese con el portador, el pago de sus honorarios. El sastre se limitaba á enviar su factura. Ambas reclamaciones eran de carácter apremiante. Joaquín contestó con mayor aplomo que la vez anterior, pues ya tenía andado el camino de los aplazamientos, que pasaría personalmente á cubrir ambas cuentas aquel mismo día ó el siguiente....

—Ahora, dijo el joven profundamente contristado, cuando se hubieron marchado los acreedores, debo resolver este problema, ¿Cómo pago esas cuentas? Nuestro concierto ha sido un éxito artístico, es verdad; pero como negocio, un desastre, un fracaso.

—¡Un desastre! repitió Berta como un eco.

—¿A cuánto monta el deficiente? preguntó don Teodomiro sin oponerse al comentario.

—A unos setecientos pesos, repuso el joven.

—¿Y “nuestro efetivo?” siguió preguntando Gómez y Pérez con vivo interés.

—A cero, repuso el joven despechado. Berta y yo vamos al día: vivimos sin congoja, pero nada nos sobra.

—No tanto, Joaquín, intervino Berta ruborizándose: algo tenemos en la hucha.

—¿Es posible? exclamó Sandoval asombrado.

—Sí, prosiguió la joven, he hecho mis economías. No es mucho; serán unos cincuenta pesos....

Corto y casi insignificante era, en efecto, el ahorro para consolidar la situación; mas la noticia causó á Sandoval una impresión tan inesperada, que le hizo palpar el corazón de alegría, más por el descubrimiento de una nueva perfección en su esposa, que por la importancia del auxilio. No podía explicarse cómo había podido ser aquello; era una obra de milagro.... De lo que se deducía, lo mismo que de todo, que Berta era un ángel; y se dedujo también que era preciso estrecharle y besarle la mano, como lo hizo Sandoval en las barbas mismas del maestro.

—Algo es algo, repuso don Teodomiro,

ro, sin darse por entendido de aquel lenguaje mudo; no hay que echar en saco roto el piquillo. Con todo, es el deficiente tan considerable, que necesitamosovernos mucho para salir del paso.

—Pero ¿cómo? preguntó Sandoval con desaliento. A mí no se me ocurre nada.

—¿No se te ocurre? Pues voy á decírtelo, repuso don Teodomiro con energía. Revolver cielo y tierra, y no estarte aquí encerrado y cruzado de brazos. ¡Vamos á la calle: tú por tu lado y yo por el mío!.... ¡A ver amigos, prestamistas, empeñeros, y cuanta sabandija pueda proporcionarnos dinero!

—Tiene usted razón, repuso el joven aturdido; ahora es cuando debe apelarse á los grandes recursos.

—Pues manos á la obra, prosiguió el maestro levantándose; no hay que perder un solo momento. Te has puesto plazos demasiado cortos, pero harémos lo que se pueda; y, en todo caso, los alargaremos cuanto sea necesario contra todo viento y marea.

Alentado por la actitud del maestro, el joven, aunque carecía de experiencia, relaciones, trato é iniciativa, tomó el sombrero y salió con el anciano, dejando á Berta hondamente preocupada. Ya en la calle, celebraron breve conferencia maestro y discípulo, y convinieron en dividirse la ciudad en dos partes (como los

Apóstoles se dividieron el mundo en doce) para no hacer doble trabajo. Don Teodomiro marchó hacia el Sur y Sandoval hacia el Norte; ambos en busca del vellocino de oro.

Sería necesario escribir largas y nutridas páginas para narrar las malandanzas de los exploradores de voluntades en su vago é indeterminado curso al través de barrios, plazas, calles y callejas, ya por casas de amigos, colegas ó simples conocidos, ora llamando á la puerta de los ricos, ora á la de los pobres; solicitando aquí la asistencia de algún negociante, más allá la de algún filántropo. Bástenos decir, para compendiar tan lamentable, penosa y melancólica odisea, que ni el anciano ni el joven pudieron encontrar quién les abriese el bolsillo, ni éste por su negro bozo, ni aquél por su barba cana; pues por todas partes y con diversos pretextos, recibieron de tirios y troyanos, negativas más ó menos rotundas ó disfrazadas, pero siempre dolorosa y claramente inteligibles. En Fópolis hay mucha gente roñosa, que ama á Dios á puño cerrado. No faltan por ahí algunos buenos y generosos cristianos que saben tender la mano al desvalido y se duelen de los pobres; pero, como en todas partes, esas almas humanitarias forman una reducida aristocracia, en tanto que el número de los Harpiones y licenciados Cabras, es tan in-

contable como el de las estrellas del cielo y las arenillas del mar. De ello adquirieron dolorosa experiencia aquellos pobres artistas en su ardorosa y desesperada caza tras los duros, por las horriblemente soleadas calles de la ciudad. Bien mirado el caso, era lógico el resultado de tan loco empeño, pues ¿qué era lo que ofrecían á "la gente adinerada" en cambio del servicio? Nada, sino buenas promesas. Mas como los ricachones, que son gente de olfato fino para los buenos negocios, no percibían en aquellos momentos el perfume de una transacción usuraria y segura, se negaban abiertamente, como era natural, á lo que se les pedía, ó tenían la desfachatez de exigir de ellos cosas estupendas, en forma de garantías de primer orden, como ricas alhajas, ó fiadores opulentos, que renunciasen los beneficios de orden, escusión y hasta el derecho llamado del "pataleo." Los artistas habrían convenido en devolver ciento por ciento del préstamo al año, al semestre ó al mes de la fecha, si á ese precio hubiesen logrado salir del apuro; pero no podían ofrecer alhajas ni fiadores: en primer lugar, por carecer de relojes de oro y fistles ó anillos de brillantes, y en segundo, por no tener quién los conociese ni se doliese de su desdicha sobre la tierra, aparte de las hermanas de la Caridad, que eran tan pobres como

ellos. De donde resultó que el problema quedase en pie y sin solución, pues si era verdad que había dinero y negociantes dispuestos á colocarlo con todo género de seguridades y á tipo alto, también lo era que los cofres no se abrían por falta de aquellos nimios, abominables y enfadosos requisitos.

Algunos de los buenos amigos de los artistas hubieran tenido gran placer en sacarlos del charco, sin interés alguno y por la pura satisfacción de servirles; pero quiso la mala suerte que la poca gente desprendida y bien intencionada de la ciudad, fuese tan pobre como Job, en el estercolero. Y como los buenos deseos, aunque laudables, no son metal fino que pueda acuñarse, venderse ó darse á peños, resultaron inútiles en la práctica cuantos sentimientos benévolos hallaron los artistas al paso, y lo único que de su prolongada excursión sacaron en limpio, fué conocer de cerca la despreciable ruindad de los unos y la impotencia lastimosa de los otros. La situación quedó, pues, reducida á lo siguiente: los que tenían dinero, carecían de voluntad de soltarlo, y los que tenían voluntad de soltarlo, carecían de dinero que soltar. Así que, cuando Joaquín volvió á casa, no sólo no llevaba pecunia, sino había perdido hasta la esperanza de obtenerla por cualquier medio. Berta le aguardaba á la ventana llena de

ansiedad, y, como carecía de experiencia en todo y confiaba ciegamente en el talento de su marido, había llegado á creer que éste lograra salvar la dificultad al fin de todo; pero al observar el aspecto lánguido y desmayado que traía, comprendió que su mala suerte había sido más fuerte que sus enormes facultades.

—He andado casi todo Fópoli, dijo Joaquín sudoroso y consternado; he llamado á todas las puertas y ninguna se me ha abierto. Nadie ha querido tenderme la mano.

Y refirió á su esposa punto por punto, su peregrinación semi mendicante al través de media ciudad. Berta le oyó con congoja.

—¿De suerte, le dijo cuando el relato hubo terminado, que no nos queda ningún recurso de qué echar mano?

—Así lo creo, repuso Joaquín; he apelado á todos los medios imaginables.

—Y ¿qué va á ser de nosotros?

—Sólo Dios lo sabe.

—¿Nos pondrán en la cárcel?

—No sé...; creo que nó, contestó el joven pensativo.... He oído decir que en nuestro país está abolida la prisión por deudas.

La joven pareció algo más tranquila al oír la respuesta.

—Pero no por eso nos salvaremos, prosiguió Joaquín con voz lúgubre. Si no